

Dependiendo posiciones

Vivimos siempre en una circunstancia. "Vivir, ha escrito alguien, es haber caído prisionero de un contorno inextinguible. Se vive aquí y ahora". El mundo que nos rodea condiciona lo que somos; no podemos prescindir de él y hacer nuestras vidas como se nos antoje.

Esta "circunstancia", que puede mostrarnos un rostro propiamente, sonriente o halagador, nos presenta a veces también un ceño ingrato, hostil o amenazante. Y es entonces cuando probamos nuestro valer.

Ante la "circunstancia" adversa el hombre suele adoptar una de estas actitudes: o trata de huir de ella, o se desvive por suprimirla, o la encara de frente con la resolución de hacerla favorable.

Hay gentes para quienes la realidad cambiante de la vida es como una montaña que se les viniera encima sin dejarles más escapatoria que la fuga. Tienen miedo a la verdad, prefieren desconocerla y por eso huyen despavoridos tras una felicidad egoísta que para ellos es "como una gana de dormir".

Hay otros en quienes el mundo que los rodea provoca tal ímpetu de contradicción que quisieran hacerlo desaparecer. Son los que siempre están prontos a recurrir a la violencia. En el fondo también tienen miedo a la verdad y por eso su "circunstancia" los exaspera.

Hay en fin quienes, con mayor comprensión, admiten simplemente que las cosas sean como se presentan y no al tenor de sus deseos, y reconociendo este hecho se esfuerzan en dar de sí todo lo necesario para acercar esa realidad al ideal soñado.

Al cristiano, para quien la vida significa una tarea que tiene que realizar "aquí y ahora" y de la cual deberá rendir cuenta cabalmente, solo le es lícita la última de estas conductas. El Evangelio no solo le muestra el camino para ganar el Reino de los Cielos, sino que le ordena hacerlo.

No puede, pues, ni huir ni rebelarse, sino que debe afrontar su mundo como es y trabajar con fe y valor en el afán de llevarlo hacia la perfección.

Todo esto, que no merece a nadie dudas tratándose de la conducta personal de cada uno en su vida privada, suele en cambio ser olvidado en el campo de la vida pública.

Nuestra circunstancia -la de los hombres de hoy- se presente caracterizada por un hecho social formidable: lo que se ha llamado la rebelión de las masas. Se trata, simplemente, de la ascensión del proletariado al pleno ejercicio de su poderío político. Los trabajadores, aquellos que siendo los más han sido desde antiguo, sin embargo, "mirados en menos", se dieron un día cuenta de su fuerza y comenzaron a emplearla.

Este fenómeno, para muchos insólito, ha roto el equilibrio de nuestra sociedad, que no obstante el sufragio universal estaba organizada sobre el supuesto tácito de que la muchedumbre plebeya e ignara no intentaría gobernar. Mas ahora resulta que no solo trata de hacerlo sino que está consiguiéndolo, a pesar de todas las varas, rectas o aún torcidas -como el cohecho, por ejemplo- que se le fueron poniendo para evitarlo.

El hecho es, sin duda, como para suscitar preocupación. Ortega y Gasset ha descrito, en páginas admirables, lo que es y significa la rebelión de las masas y los peligros que entraña. El hombre masa, inculto, estrecho de criterio, caprichoso y violento, carece de capacidad y aptitud para gobernar, tarea que requiere previa selección. El poder, en sus manos, amenaza desbordar los cauces del derecho y convertirse en instrumento de arbitrariedad y opresión. No otro es, en el fondo, el verdadero peligro del Partido Comunista, organización totalitaria, carece de escrúpulos morales, que capta y representa genuinamente ese espíritu de masa. Su triunfo, que acarrearía un cambio total del orden económico imperante, perjudicando muchos intereses y lesionando quizá

algunos derechos, amenazaría seriamente -y esto es lo grave- las libertades esenciales de la persona humana.

Ahora bien; ante este hecho característico de nuestro tiempo los hombres adoptan alguna de las mismas tres actitudes que ante cualquier circunstancia.

Hay quienes prefieren ignorarlo. Unos lo hacen por comodidad, otros por miedo. Ambos piensan únicamente en sí; están ganados por el egoísmo. Con uñas y dientes se aferran a su pequeño mundo y sobretodo a lo que en él tienen y en él pueden gozar. Ni siquiera se les ocurre, o lo rehuyen, pensar en su responsabilidad para el futuro.

Hay también quienes, en vez de reconocer la realidad de este fenómeno histórico, que no ignoran, se sublevan ante su presencia. No huyen, pero en un intento desesperado quieren suprimirlo, pulverizarlo si fuera posible. No vacilan ante la idea de la violencia, como si la fuerza pudiera detener y hacer remontar el curso de la historia. El espíritu de las masas, que se cierne sobre ellos, los ha contagiado y -según lo confiesan- los lleva a oponerle sus propias armas.

Si bien se mira, ambas actitudes son puramente negativas. Es el caso de los que ante el comunismo creen en la solución de la mentira legal, cual es el declararlo fuera de la ley, o postulan un régimen fuerte, acaso militar, que "ponga orden" y detenga a las masas. De entre éstos se reclutan los admiradores y propulsores de todos los fascismos, los que simpatizaron con Hitler y Mussolini y hoy no disimulan su complacencia con Franco. Los más impacientes entre ellos anhelan que aparezca luego entre nosotros un caudillo semejante. En el fondo -y esas simpatías lo delatan- no es tanto el peligro de la libertad ni de los demás derechos fundamentales de la persona humana, cuanto el peligro de sus intereses, lo que asusta a estas gentes.

Es asombroso comprobar el enorme número de hombres y mujeres, muchos de ellos más o menos cultos y todos de buenos sentimientos, a quienes, por lo común de buena fe, no se les ocurre soñar siquiera otra actitud frente al problema del proleta-

riado. Lo más que hacen, aparte de la caridad privada, es reconocer a veces la justicia de alguna petición de alza de salarios y admitir, también a veces, que las habitaciones de nuestro pueblo no son precisamente buenas. Al parecer nunca han pensado en que este fenómeno tremendo que desde hace años viene agitando al mundo pueda tener raíces más hondas que la prédica subversiva de unos cuantos agitadores. A sus ojos resaltan muy claramente todos los vicios y defectos del trabajador asalariado; pero no llegan ni aún imaginadas las causas de esos males. No les preocupa que algo pueda estar fallando en el orden actual de nuestro mundo, que haya alguna dosis de injusticia en un régimen económico que acumula la riqueza en unas pocas manos mientras la enorme mayoría de los que trabajan apenas logran lo indispensable para ~~xxxx~~ existir. Ellos, que se indignan cuando algún nuevo tributo o un pliego de peticiones reduce en algo sus ganancias, no comprenden, sin embargo, la quemante indignación que consume el alma de los que viven batallando en la pobreza. No conciben que éstos tengan esperanzas, que ambicionen liberarse un día de la sujeción e inseguridad en que se hallan y crear una economía que esté al servicio del trabajo y no del capital. No sospechan que si las masas se han rebelado para hacerse justicia por sí mismas, puede ser porque las clases dirigentes no supieron o no quisieron en su tiempo hacer esa justicia.

Y es doloroso advertir cuántos católicos, o que se dicen tales, participan de esta posición. La verdad es que una propaganda interesada y engañosa mantiene en Chile a la mayoría de los católicos en una de estas actitudes negativas. Imaginan la lucha de los proletarios como empresa diabólica o de mala fe, olvidando el mandato que les prohíbe juzgar a los demás para no ser juzgados ellos mismos. Creen haber satisfecho a la justicia con alguna bondad y generosidad protectoras, sin darse cuenta que su limosna, por la superioridad con que la otorgan, si cierra la herida del hambre o de la sed es para abrir una nueva, de la humillación. Ignoran que la Iglesia ha proclamado en Encíclicas que son obligatorias para todos los católicos -y que no han leído-

los deberes de justicia que pesan sobre el capital aún antes que los de caridad, y "la redención del proletariado" como el fin que debe lograrse para poner remedio a su "condición desgraciada o inmerecida", efecto de que las riquezas "están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases" (Cuadragesimo Año, 59). Han olvidado el espíritu del Evangelio y no miran más allá de lo que les permite buenamente su interés egoísta. ¿Cómo extrañarse, así, de la apostasía de las masas de que se quejaba un Pontífice?

¿No será, talvez, más justa y más cristiana una tercera posición ante este problema de nuestro tiempo -la misma que en lo privado nos aconseja la moral-: reconocer las cosas tales como se presentan, participar de todo lo que en ellas hay de bueno y tratar de encauzarlas en una vía de perfección?

La actitud del miedo, sea tímida o rebelde, a más de torpe e inmoral resulta estéril. Si queremos ser hombres de verdad tenemos que "optar por la justicia y tender efectivamente a conseguirla". Esto exige comprensión y audacia. Lo primero para captar el fenómeno social que vivimos en su perspectiva histórica; lo segundo para desprendernos de prejuicios y egoísmos y darle de veras el aporte leal de nuestro esfuerzo.

No es ésta la primera vez que los hombres se encuentran ante una "circunstancia" de esta clase. Muy semejante fué, por ejemplo, la que vivieron los romanos del siglo IV. Sobre su mundo apareció la amenaza terrible de los bárbaros. Esos hombres grandes y groseros, que durante años habían servido a Roma de soldados para sus conquistas, de esclavos y guardianes, tuvieron la extraña ocurrencia de emplear su fuerza en provecho propio. Para la mayoría de los romanos el hecho resultaba inverosímil y desastroso. Ganados por el miedo, sólo atinaron a encerrarse en su pequeño orbe hasta exprimirle la última gota, o a darse enteros en su defensa hasta morir con Roma y con la Civilización, que para ellos eran lo mismo. Pero hubo algunos cristianos que supieron serlo de verdad y mantenerse fieles a su vocación. Así como San Pablo había tendido la mano a los gentiles, esos cris-

tienen comprendieron que ellos podían dar a los bárbaros lo que les faltaba y contribuir de tal modo a hacer justo y benéfico el remozamiento del mundo que éstos traían. En vez de resistirlos se dispusieron a ayudarlos con el aporte de su fe. Y conquistados materialmente, resultaron así conquistadores, porque confiaron en la fuerza del espíritu. Los bárbaros se cristianizaron. Roma se salvó. Y el mundo creció y ganó gobernado por hombres que eran a la vez bárbaros y cristianos.

Nuestra "circunstancia" es demasiado semejante para que despreciemos el ejemplo. Por algo se ha dicho del fenómeno social que vivimos que es la "invasión vertical de los bárbaros". Las masas proletarias son los bárbaros de hoy día, que no vienen del norte o del oriente, sino que surgen del seno mismo de nuestra sociedad. Pero al igual que los otros, traen savia nueva a este mundo gastado y tienen de su parte mucho de justicia. Les faltan sin duda muchas cosas, sobre todo los valores del espíritu. Pero es esto lo que nosotros creemos tener. ¿No será nuestro deber otorgárselos? ¿Restaremos nuestro aporte al noble afán de construir un mundo mejor porque son otros los que lo impulsan o por temor de que no resulte conforme a nuestros principios? Si nuestra fé en éstos es auténtica ¿dudaremos de su fecundidad y preferiremos guardármolos, como el criado infiel de la parábola que enterró el talento por miedo de perderlo?

Al afrontar nuestra circunstancia debemos comprender la inmensa responsabilidad que nos afecta: de lo que hagamos o dejemos de hacer en esta encrucijada de la historia dependerá lo que sea el mundo de mañana y, tarde o temprano, se nos pedirá cumplida cuenta.

PATRICIO AYIWIN AZOCAR.